

Vigilar en la esperanza de una vida plena

Nunca un profeta ha dicho tan poco: “*Dentro de cuarenta días Nínive será destruída*” (Jon 3, 4). Pero sin duda lo que más nos importa es el testimonio de la vida de Jonás sobre la que este mes reflexionamos. De ahí sí que podemos aprender.

El error es mal compañero de camino. Hemos de reconocer que nos equivocamos con frecuencia. Erramos hablando unos de otros, eligiendo posibilidades, tomando decisiones. No todo lo hacemos bien, es evidente. Pero no quiere decir que seamos malos, sino que nos hace falta más ayuda, más luz.

El pecado constituye esa cadena a la que atamos nuestra voluntad buscando el bien propio, la satisfacción fácil, el halago zalamero de la soberbia o avaricia. Estamos necesitados de Pascua. Es la fecha más importante de nuestra vida. Celebramos no ya la salida de la esclavitud de Egipto, sino de una esclavitud aún mayor y terrible: la muerte y sus sombras. El pecado es capaz de cegarnos, de hacernos considerar que no estamos equivocados, de hacernos creer que “somos como Dios” decidiendo lo que me viene bien o mal.

La Cuaresma es el combate decisivo, el camino de una Pascua que necesitamos vitalmente. Es la ruta a una libertad plena, definitiva, realmente ansiada... ¡Todos necesitan de la Pascua, aunque no lo sepan!

La vida y enseñanza de Jonás nos ayudan a recorrer este camino, a descubrir en el poder liberador de Cristo esa fuerza necesaria.

La historia del profeta es parecida a la nuestra. Recibió una vocación clara: «*Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes*» (Jon 1,2). Pero a la llamada de Dios, Jonás se hace el desentendido, mira para otra parte. Vive la oposición entre los planes de Dios y sus planes, entre los deseos de Dios y sus propios deseos.

Esta vivencia no nos resulta indiferente. ¡Cuántos planes de Dios se han ido al garete -aparentemente- por mi sordera, miedo, indiferencia o falta de atención! Dios llama, pero la persona debe responder libremente. La vocación es un *sentido vital* que Dios me regala para poder ayudarme a vivir en plenitud. Pero dice el libro sagrado: «*Jonás se puso en marcha para huir a Tarsis, lejos del Señor*». Nosotras tendríamos que preguntarnos: ¿dónde huimos? ¿Qué caminos tomamos que nos alejan del Señor? ¿Qué excusas buscamos para no entregarnos del todo? ¿Cómo nos implicamos para que ANFE siga adelante? ¿Cuántas veces las excusas esconden nuestra propia falta de entrega?

Jonás, en su camino contrario al mandato de Dios, baja a Jafa y se embarca en dirección a Tarsis. En la travesía marítima les sorprende una fuerte tormenta en el mar.

Todos oran, cada cual a sus dioses. Jonás no se atreve ni siquiera a orar; *“bajó al fondo de la nave y se quedó dormido”*. Es una forma de evadirse, de eludir el problema para no afrontarlo.

A todo el mundo le extraña el comportamiento de Jonás. Le piden explicaciones. Él cuenta su historia y descubren que es la causa del temporal. Les pide que le echen al

agua seguro que con ello, todos se salvarán. ¡Cómo no descubrir en esta imagen al mismo Jesús! Le entregarán a la muerte para salvar al pueblo del poder de Roma, para salvarse a sí mismos con sus leyes vacías ya de sentido. El mismo Jesús se entrega por nosotros para redimirnos,

Dios envía un gran pez que traga a Jonás, y permanece en su vientre tres días con sus noches: También Jesús estará tres días en el sepulcro. Es allí, en la desgracia, donde Jonás se vuelve al Señor para pedir su auxilio, y es escuchado: Vuelve a la luz vomitado por el pez. Es como volver a la vida, como un eco repite la resurrección del Señor. La Cuaresma nos sumerge en nuestra propia interioridad. Es allí donde descubrimos nuestras pasiones, aquello que nos mueve, lo sucio de soberbia, acaricia o pereza que podamos estar. Descubrimos la urgente necesidad de limpiarnos, de salir de ese callejón sin salida. Levantamos nuestros corazones a Dios: *¡sálvanos de nosotros mismos!*

«El Señor dirigió la palabra por segunda vez a Jonás. Le dijo así: Ponte en marcha y ve a la ciudad de Nínive; allí les anunciarás el mensaje que yo te comunicaré» (Jon 3,1). *«Nínive era una ciudad inmensa»* (Jon 3,3b). Además de capital del pueblo enemigo, se presenta como una ciudad inmensa. La enseñanza es clara: siempre nos puede parecer desmedido el objeto de nuestra misión. Sabemos que ANFE está en nuestras manos. Nos puede parecer una carga difícil de llevar. Pero es un regalo que Dios ha puesto en nuestras vidas: debemos cuidarla, transmitirla, más aún: ¡contagiarla!

«Tres días hacían falta para atravesarla» (Jon 3,3c). Ciudad enemiga, ciudad pagana, ciudad que vivía al margen de los intereses del profeta y del Dios que lo envía. En ese contexto tiene que profetizar. ¡Cómo no ver el paralelismo con nuestro propio mundo! Muchas veces nos pasa como a Jonás, nos sentimos desbordados por la misión que tenemos que realizar, la vocación a la que Dios nos llama.

«Jonás empezó a recorrer la ciudad el primer día proclamando: dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada» (Jon 3,4). Pese a todos los pesares, Jonás emprende la misión, y contra todo pronóstico, es escuchado. La ciudad se convierte. ¡Dios se ha servido de Jonás y su docilidad ha hecho posible el milagro! ¡Cuánto más podríamos hacer por ANFE si viviéramos este espíritu de familia! ¡Todo es poco!

Pero siempre con una precaución: Jonás, lejos de alegrarse por el resultado de su predicación, se enfada por no cumplirse su profecía. Esto pasa con demasiada frecuencia, tanto que el Papa Francisco lo ha puesto nombre: lo llama *“autorreferencialidad”*. Ocurre cuando el enviado o la enviada se considera más relevante que el mensaje que ha de transmitir. ANFE somos todas, no tú sola. El relato nos recuerda -¡y nos examina!- aquel pasaje en el que Jesús va con sus discípulos anunciando el reino; pero pasa a la región de Samaría y allí no los recibieron porque caminaban hacia Jerusalén. *“Al ver esto, Santiago y Juan, le dijeron: ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos? Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea”* (Lc 9,54-55).

